

EL TURISMO COMO ENCUENTRO DE VALORES

ALBERTO MARTORELL CARREÑO ¹



¹ Alberto Martorell Carreño es catedrático de la Universidad de San Martín de Porres y miembro del Observatorio de Turismo del Perú.

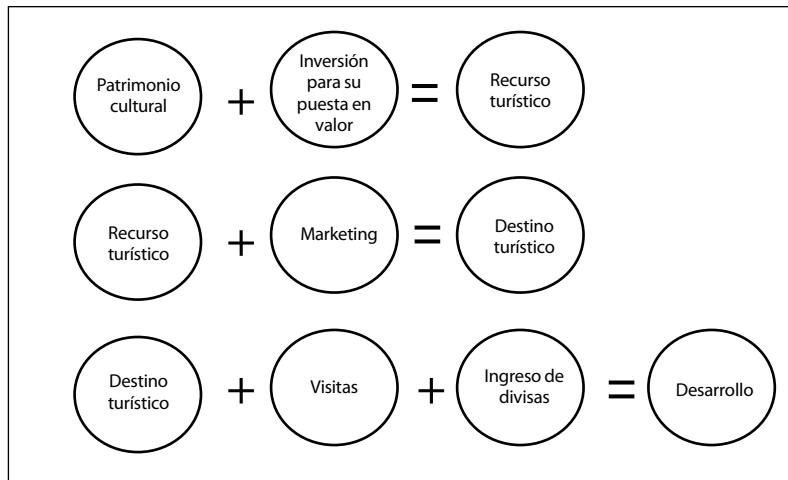
En el proceso de globalización que vive el mundo, uno de los fenómenos más importantes en términos humanos es el turismo. La cantidad de desplazamientos, gracias en gran parte a los adelantos en la tecnología del transporte de larga distancia, se han multiplicado de manera insospechada desde hace algunas décadas. Las previsiones del Barómetro OMT del Turismo Mundial pronostica que este año 2012 se alcanzará el hito de los mil millones de llegadas de turistas.² Al mismo tiempo, la experiencia del viaje muchas veces se ha trivializado y ha reducido sus alcances para sucumbir a la vorágine de velocidad y fugacidad que parece envolver todo tipo de actividad humana en nuestros tiempos. Así, los destinos culturales y, en el caso que nos ocupa, los centros históricos, corren el riesgo de convertirse en simples puntos de visita en un listado, como si carecieran de valores y peculiaridades propias. Frente a ello, uno de los retos de las políticas del turismo cultural debiera ser desarrollar estrategias que eviten que el turismo, en lugar de ser un encuentro significativo de valores, sea una experiencia efímera contra la que advierte Augé (2008), una experiencia que convierte a unos en espectadores y a otros en espectáculo; habla de “viajar” como la actividad deseada y del turismo como aquello que sobre todo no hay que hacer.

Desde nuestro punto de vista, la clave está en recuperar antiguos sentidos del viaje e incorporarlos en el turismo de tal modo que se convierta en una experiencia significativa, evitando el rol de espectadores por un lado y de representaciones vacuas por el otro. Formularé, en ese sentido, algunas premisas en la búsqueda de alternativas para preservar espacios de valores dentro de la actividad turística, en las que el patrimonio cultural es la piedra angular que puede salvar al encuentro entre lugareño y viajero de ser una experiencia líquida más (en términos de Bauman) en tiempos de globalización.

² Véase Organización Mundial del Turismo. *El turismo internacional alcanzará la cifra de los mil millones en 2012*, en <http://media.unwto.org/es/press-release/2012-01-16/el-turismo-internacional-alcanzara-la-cifra-de-los-mil-millones-en-2012> (Último acceso el 02-08-2012).

- 1. El patrimonio es esencialmente local.** En efecto, el patrimonio es un fenómeno esencialmente local, que puede ser conocido y difundido a nivel global, pero que debe mantener esa esencia que le otorga unicidad. Debe ser el patrimonio, entonces, el elemento central de los procesos de planificación de todo tipo de actividades para su apropiación social mediata e inmediata, incluyendo en ello al turismo. Nótese, por favor, que proponemos que el turismo se trate como una actividad más, no la única y ni siquiera la más importante, que se debe generar en torno al patrimonio.
- 2. En los procesos de utilización sostenible del patrimonio, es necesario reconstruir una escala coherente de prioridades.** Lamentablemente el enfoque más extendido en el mundo es el que busca convertir al patrimonio en un factor de crecimiento económico financiero a través de su explotación turística, sin entender todas las posibilidades que encierra para generar procesos sociales sostenibles. Se trata de un pensamiento que plantea una especie de fórmula que podríamos graficar de la siguiente manera:

Gráfica 1. Enfoque limitado del patrimonio cultural únicamente como recurso turístico



El enfoque es absolutamente reduccionista, en cuyo proceso se pierden los más importantes valores que el patrimonio posee, y que lleva a pensar que el destino natural del patrimonio es

servir al turismo, afirmándose también que el turismo, al generar movimiento de recursos monetarios, genera casi necesariamente bienestar a la población local. El fenómeno es mucho más complejo que eso. Personalmente me gusta citar una experiencia peruana en el proceso de apropiación social del patrimonio, que finalmente otorga a los bienes culturales presencia suficiente en el imaginario mundial como para motivar el crecimiento del turismo.

Aunque ha registrado un aumento en el número de visitantes, la costa norte del Perú no se ha caracterizado históricamente por ser un destino turístico. De hecho, aún hoy las visitas turísticas son poco significativas si las comparamos con la cantidad de arribos al sur del Perú, y, específicamente, al Cusco y Machu Picchu. ¿Qué ha generado el interés (aún limitado, es cierto) de visitantes hacia las regiones de Lambayeque y Trujillo, principalmente, y en menor escala hacia la región Amazonas, todas ubicadas al norte peruano? Hace algunas décadas, el llamado Museo de Oro del Perú, surgido del afán cultural y coleccionista de un rico terrateniente peruano, Miguel Mujica Gallo, organizó exposiciones internacionales de sus colecciones en diversos puntos del mundo. Se habla mucho de la importancia que esas exposiciones alcanzaron en su momento. Es indiscutible que entre las piezas de orfebrería fina que el Museo de Oro del Perú contiene, hay algunas que sorprenden por lo elaborado y complejo de las técnicas con las que fueron creadas.

Además de la colección de Mujica Gallo³ otra gran colección se forjó desde el esfuerzo de otro acaudalado y sensible personaje peruano, don Rafael Larco Herrera, quien logró reunir una de las colecciones arqueológicas más interesantes con las que cuenta el Perú, hoy convertida en un bien gestionado museo.⁴

Aunque Oro del Perú llamó la atención de los visitantes que hacían colas inmensas para ser testigos de su leyenda, no pudo ser esa la causa del creciente interés del turista por visitar el norte del país. Me atrevo a formular la hipótesis, entonces, de que esto se explica por el actual “boom arqueológico” que

³ Véase www.museoroperu.com.pe/oro.html.

⁴ Véase también www.museolarco.org.

experimentamos en el norte de nuestro territorio, que surge en parte con el descubrimiento de la Tumba del Señor de Sipán, gobernante de la antigua cultura mochica, que por primera vez fue íntegramente estudiado con el rigor exigido por la arqueología, y que representa el caso más sonado entre otros proyectos arqueológicos de alto nivel que se han llevado a lo largo de las últimas décadas en la costa norperuana. En la colindante Región de Trujillo (Sipán queda en la Región Lambayeque), por ejemplo, el Proyecto Huacas del Sol y de la Luna ha despertado igualmente el interés de numerosas personas y se han seguido sumando otros proyectos y sitios arqueológicos: el Complejo Arqueológico el Brujo, donde se descubrió a la denominada “Señora de Cao”, personaje mujer que también habría gobernado en tiempos pasados; el Bosque de Pómac donde se encontró el enterramiento del Señor de Sicán; el Complejo Arqueológico de Túcume, con sus numerosas pirámides, la mayor parte aún por investigar; Ventarrón, lugar ceremonial vinculado a los orígenes mismos de la cultura en el Perú; Chotuma, que podría ser el lugar fundacional de la cultura Lambayeque, etc.

Lo anterior nos coloca directamente frente al fenómeno de la cultura como el gran atractivo para los visitantes, y frente al turismo cultural como potencialidad de importancia. Una cosa era acudir a observar piezas admirables en una exhibición, y otra muy distinta entender, a partir de ellas, que son resultado de ricos procesos culturales con su propia cosmovisión, plasmada en sitios arqueológicos de gran interés. El acceso a información culturalmente significativa es, entonces, lo que ha motivado a los turistas a voltear la mirada hacia nuevos destinos culturales y en específico hacia el norte peruano.

Toda esta larga explicación sobre el rol que ha jugado la arqueología en la costa norperuana, nos sirve para retornar al tema de la escala de prioridades. El patrimonio, sobre todo en sociedades de tradición oral, se asemeja a un libro único. Si de pronto, al leerlo, nos damos con el descubrimiento penoso de que le faltan algunas de sus páginas, sabremos que nuestra lectura

queda definitivamente frustrada. En el caso de los sitios arqueológicos, es el arqueólogo como lector especializado el que puede rescatar la información y luego socializarla, y en ese proceso el sitio se convierte en un referente incluso para visitantes muy remotos. Por lo tanto, antes que turístico, el patrimonio es un hecho científico y de ello se desprende un primer eslabón en la escala de prioridades.

Al mismo tiempo el patrimonio está vinculado con el territorio, sobre el que “conviven” diversas culturas del pasado y del presente. Generalmente el “poblador local”, tiene un fuerte arraigo territorial. Aun cuando a lo largo de su vida pueda desplazarse, la tendencia es que pase la mayor parte de ella cerca de donde nació, creció, y espera algún día morir. La relación de ese poblador local con el patrimonio de su jurisdicción es permanente. Entonces es lógico que ocupe un primer lugar en la escala de prioridades de gestión.

3. Existen muchos usos válidos para el patrimonio cultural. Por lo tanto, circunscribirlo al turismo es no comprender las múltiples dimensiones y beneficios que puede generar para la sociedad.

Combinando los dos últimos criterios, el de la escala de prioridades y el de multiplicidad de usos, podemos avanzar hacia una propuesta integral. Desde el punto de vista de la relación del patrimonio con su medio humano, proponemos que los principales actores interesados en el proceso de conservación son: la población local, la sociedad nacional, la comunidad académica, los turistas y visitantes y, finalmente, la humanidad en su conjunto. Teniendo en cuenta todos esos actores, ¿qué tipo de usos del patrimonio le resulta interesante a cada uno de ellos? Proponemos en el siguiente cuadro que resume diferentes tipos de usos que se podría dar al patrimonio.

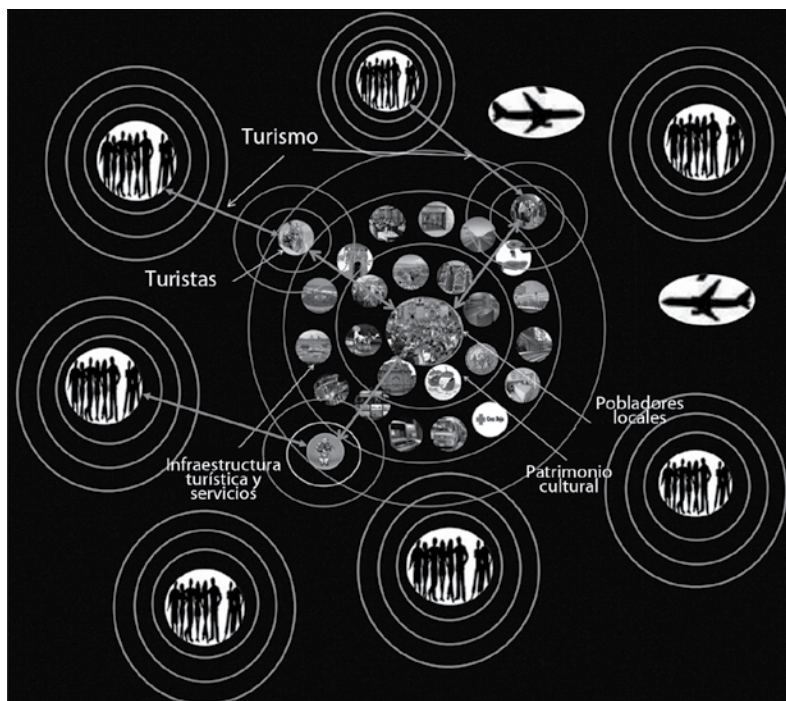
Como se puede ver, el patrimonio posee una serie de usos potenciales de gran importancia. Por lo tanto, su gestión debe ser multidimensional y de alguna manera puede circunscribirse al turismo. Pretender planificar el desarrollo de la ciudad, del destino turístico y del patrimonio en general, desde el turismo,

Cuadro 1. Actores y usos del patrimonio

	Uso urbano-ambiental	Uso ritual	Uso simbólico	Uso educativo	Uso turístico	Uso económico	Otros
Población local	Elemento integrado a su <i>modus vivendi</i>	Muchas veces presente (ritos religiosos y civiles)	Símbolos de identidad y prestigio	Visitas escolares. Espacios de experimentación directa	Como atractivo turístico, factor de presentación de los valores locales al mundo	Turismo Productos culturales con identidad. Artesanías	Fuente de información tecnológica, uso lúdico y recreativo. Ocio y tiempo libre
Población nacional	(No)	Muchas veces participa en ciertos ritos	Símbolos de identidad y prestigio	Visitas escolares nacionales	Integrándolo hacia la gestión nacional del turismo	El movimiento turístico genera beneficios al conjunto social	Fuente de información tecnológica, uso lúdico y recreativo. Ocio y tiempo libre
Comunidad académica	(No)	(No) Salvo como elemento de estudio	(No) Salvo como elemento de estudio	En especialidades del área	Especializado (viajes de estudio, conferencias, congresos, etc.)	El conocimiento contribuye a generar un valor agregado	Prestigio de los investigadores Material para tesis y títulos
Turistas y visitantes	(No)	(No) salvo propuesta de integrarlo a prácticas locales	Muy difuso	La visita turística puede ser una experiencia formativa	La visita y actividad turística fundamental	Indirecta (Muchas veces la experiencia de viaje contribuye al estatus del turista)	---
La humanidad	(No)	El patrimonio mundial como fuente de nuevos territorios sagrados	Símbolos patrimoniales adquieren dimensión global	En programas generales	(Genérico)	(Genérico)	Asociaciones globales de "amigos de..." y similares. El fenómeno de las transnacionales de la cultura

equivale a generar una grave distorsión en la escala, los usos y, como consecuencia, en los potenciales beneficios de la gestión del patrimonio.

Gráfica 2. Los componentes de la actividad turística en torno al patrimonio



Si ya la utilización del patrimonio únicamente con fines turísticos deja de lado muchos otros factores, la situación se vuelve crítica cuando se busca convertir al patrimonio, a través del turismo, exclusivamente en un generador de divisas. Queda claro lo anterior en la Gráfica 2. En ella encontramos a la comunidad local, cuya relación con el patrimonio es permanente, forma parte de valores surgidos desde procesos internos, interiorizados por la propia población y que son parte funcional de la vida social (consciente o inconscientemente), porque las funciones otorgadas a los bienes patrimoniales en el contexto local son esenciales y porque los actores tienen identidad propia (son determinados). Eso, aplicable a todo patrimonio, es mucho más claro si lo pensamos en términos de centros históricos.

Los elementos patrimoniales, que son los referentes de las relaciones mencionadas, generan un doble interés, desde lo local por la identidad y los valores propios, y, desde fuera, hacia la identidad y los valores propios de esa localidad. Para atender ese segundo interés se crea toda una infraestructura turística y de servicios, que permite que el turista pueda acceder al patrimonio. Si se respetan las prioridades, se planifica considerando lo permanente, interno, propio, esencial y resultante de la vida de los actores permanentes. Entonces el patrimonio cumple un servicio para la comunidad y hace sostenible el centro histórico y la ciudad en sí misma. Luego puede cumplir válidamente otros roles, como es el caso de su uso turístico. El “turista”, a diferencia del poblador local, es temporal, externo, ajeno a los procesos locales, y por lo tanto no forma parte de los valores esenciales de la vida de la ciudad histórica.

Cuando se plantean las prioridades invertidas y el turista pasa a convertirse en el centro del proceso de planificación, se comienza a gestionar el patrimonio y la vida ciudadana priorizando lo que no es esencial a la ciudad; se distorsiona el patrimonio tratando de hacerlo más atractivo para el visitante, la cultura viva se convierte en espectáculo, y el poblador local se ve envuelto en una lógica esquizofrénica por la que debe “complacer” a cada momento al “turista” cuando este es absolutamente cambiante (hoy el turista es un grupo de japoneses, mañana de brasileños y pasado mañana de anglosajones... ¿Cómo pretender que se complazca a todos por igual?).

La experiencia turística debería contribuir a inspirar en los turistas y en los pobladores locales formas reales de acercamiento, que generen verdaderos encuentros de valores humanos. Bajo la lógica veloz, y feroz, de la globalización centrada en el flujo del dinero se rompe esa posibilidad. El poblador local se despoja de su autenticidad para “disfrazarse de sí mismo”. La ciudad cambia sus usos y disfraza sus barrios más auténticos, en espacios de moda superficial y prácticas banales. Por un lado, todas las técnicas imaginables para hacer que el visitante “gaste más” en nuestra ciudad determinada, son válidas. Y eso trae muchas veces verdaderas lacras sociales, como la prostitución y la mendicidad. Por otro, el turista es tratado

como si fuera un ser superior y con derecho a obtener todo lo que su dinero permita. La oportunidad del encuentro humano se ve rota por la lógica del negocio.

Utilidad no es una mala palabra. Generar beneficios económicos para los habitantes de las ciudades históricas y experiencias gratificantes y enriquecedoras para los turistas, no es imposible. Para ello requerimos desarrollar una experiencia turística inclusiva y creativa, donde el turista pueda disfrutar de la autenticidad de la cultura local, conocer las formas de vida, costumbres, valores y tradiciones de los pueblos que visita hasta donde los pobladores están dispuestos a presentarle.

No todas las prácticas culturales locales fueron pensadas para su exhibición, y si el poblador local no desea recibir en determinado contexto a foráneos, se debe respetar ese deseo. Los espacios urbanos fueron diseñados para dar calidad de vida a los habitantes locales. No se debe permitir que hordas de turistas arrinconen al ciudadano, especialmente a los más débiles, como niños y ancianos. La visita a nuestros centros urbanos debe ser diseñada de tal forma que permita que el turista enriquezca su forma de entender otras culturas, y no que su presencia lleve al empobrecimiento y reduccionismo de esas culturas. Si lo logramos, entonces, habremos avanzado en la tarea de hacer del turismo patrimonial, en especial en las ciudades históricas, un proceso sostenible.

Bibliografía

- Augé, Marc (1998). *El viaje Imposible. El turismo y sus imágenes*. Barcelona: Gedisa.
- Correa, Ana (1999). *Ciudades, turismo y cultura*. Tucumán: La Crujía.
- Moraes de, Denis (Coord) (2007). *Sociedad Mediatizada*. Barcelona: Gedisa.